

L I T E R A T U R A

LA FUERTEMENTE VENTUROSA CLAUSURA INSULAR DE DON MIGUEL

P O R

ANTONIO LINAGE CONDE

DON MIGUEL Y LA CONSAGRACIÓN MONÁSTICA

En agosto de 1911, evocando sus impresiones de una visita al nido de águilas mariano y dominico de la Peña de Francia, escribía don Miguel:

Allí, en la cima, envuelto en el silencio, soñaba con todos los que habiendo podido ser no he sido para poder ser el que soy; soñaba en todas las posibilidades que he dejado perder, desde aquella infantil apelación al claustro, y luego, antes de llegar a los veinte, aquella propuesta de ser llevado lejos, muy lejos de la patria, allende el mar, a trabajar a luengas tierras ¹.

Y en junio del mismo año, en la primera de sus andanzas y visiones españolas, la del abandonado monasterio cisterciense de Moreruela ², cantaba en su prosa aquí un poco mágica y muy reciamente musical:

¡Qué bien en una celda como las que en un tiempo formaron la colmena mística de la Granja de Moreruela, meditando o

¹ *El silencio de la cima*, de *Andanzas y visiones españolas*, en «Obras completas» (ed. M. García Blanco, Madrid, 1958; en adelante OC), I, página 618.

² *Recuerdo de la Granja de Moreruela*, de *Andanzas ..*, cit., en OC, I, páginas 604-6.

fantaseando estos consuelos de esperanza allá en aquel siglo XIII, oliente a S. Francisco! ¡Pero en aquel siglo XIII, en aquella poética Edad Media, mocedad del cristianismo!³

Y también en verso:

En una celda solo, como en arca
de paz, libre de menester y cargo,
el poema escribir largo, muy largo,
que cielo y muerte, tierra y vida abarca.
... ¡Cuanto mejor desde abrigado encierro
libre de polvo y sin temor de yerro
irreparable, pasear la cumbre
de la alta serranía de los astros
a busca en ella de divinos rastros
de la increada y creadora lumbre!

En otras ocasiones, don Miguel aludiría a la tragedia de la vocación monástica frustrada, y a la dolorosa servidumbre a costas de los cristianos que habiéndola sentido no tenían otro remedio que mantenerse viviendo en el mundo:

Y si es trágico el hombre mundano que se encierra —o le encierran más bien— en un monasterio, es más trágico el monje de espíritu, el solitario, que tiene que vivir en el siglo⁴. Monje seglar... Perdonad primero al lingüista, al filólogo, una explicación verbal. Monje deriva de *monachus*, solitario; monje es un solitario, un anacoreta, uno que se retira, aunque se retire en sí viviendo entre los otros⁵. Seglar es el que vive en el siglo, en el mundo, entre los otros, en la vida civil y política. Y monje seglar es, por lo tanto, el solitario en el mundo, el que vive con los demás, de sus mismas pasiones,

³ «¿En qué época quisiera haber vivido? ¡En todas! Ciertamente siento predilección por la Edad Media y por la época de la Revolución francesa, pero todas las edades son medias y en todas hay revolución», escribió en *Frente a Avila*, de *Andanzas*, cit., en OC, I, pág. 833.

⁴ De *La agonía del cristianismo*, en OC, XVI, pág. 521.

⁵ Concuerta don Miguel con la mejor y más seria tradición monástica en su explicación etimológica. Cf. en prueba de ello, J. Leclercq, *Études sur le vocabulaire monastique du Moyen Âge* («Studia Anselmiana», 43, Roma, 1961), págs. 7-38.

de sus mismos cuidados, pero retirado en sí y soñando intensamente aquello en que los otros son soñados, sus sueños ⁶. Y esta fue la tragedia del Dante, monje seglar, esta la agonía de su cristianismo, su agonía de cristianismo ⁷.

Para interpretar los textos que anteceden dentro del contexto de la continua actitud vital unamuniana —en cuya continuidad hay que incluir la contradicción, de que él nunca renegara, sino al contrario, como ingrediente decisivo— debemos de excluir todo punto de vista subjetivo, en función de su particular vocación, la que le habría dejado nada más que unas saudades sentimentales de lo que pudo ser y no fue. Y es que para don Miguel la llamada a la soledad monástica era en sí, la salida más lógica de la profesión y la vocación cristianas:

Es que la cristiandad pide una soledad perfecta; es que el ideal de la cristiandad es un cartujo, que deja padre, y madre, y hermanos por Cristo, y renuncia a formar familia, a ser marido y a ser padre.

... Tenemos, en cambio, una hermosa palabra, cristiandad, que significando propiamente la cualidad de ser cristiano —como humanidad la de ser hombre humano— ha venido a designar el conjunto de los cristianos. Una cosa absurda,

⁶ Notemos que el tema del sueño en Unamuno es una constante merecedora de una investigación que sería tan ardua como decisiva en la comprensión de todo él. Véase C. Blanco Aguinaga, *La madre, su regazo y el «sueño de dormir» en la obra de Unamuno*, en «Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno», VII (1956), 69-84; y más ampliamente, *El Unamuno contemplativo* (Méjico, 1959). Notemos en la página 288: «El Unamuno contemplativo que aquí hemos estudiado, no suplanta, pues, a este agonista .. no lo viene a sustituir, sino que, esperamos, lo completa para su mayor complejidad. Porque, terminemos por donde empezamos, Unamuno es, por lo menos, dos en alternancia. Es evidente que afirmar esta dualidad de la persona única implica pensar, desde luego, que así como el Unamuno contemplativo era real, real era la agonía del Unamuno activo». Un estudio profundo de la llamada monástica de don Miguel, habría de ser enfocado desde ese punto de vista de su ambivalencia agónica-contemplativa.

⁷ *Monje seglar*, escrito en Hendaya en diciembre de 1925, e inédito hasta su publicación por García Blanco, *En el destierro* (Madrid, 1957), en OC, X, páginas 809-10.

porque la sociedad mata la cristiandad, que es cosa de solitarios ⁸.

Y en el sentido y hondo prólogo a los *Romances de ciego*, de Salvador de Madariaga, ese que ha merecido ser definido por «su temperamento casi británico y profundamente español a la vez», radicaba su inspiración, en comunión con la de él mismo, en:

... nuestra España central, ibérica, radical, la del yermo y el páramo... Aquí oigo la voz, la voz abismática y eterna de mi casta cartujana. Esta es la voz de la sabiduría de mi pueblo. Estas son las palabras del Eclesiastés ibérico ⁹.

En septiembre de 1965, pocos meses después de que la vida de quien esto escribe hubiese sufrido un cambio material por la póstuma influencia de don Miguel —y de veras que no hiperbolizamos— al trasladar su residencia a esta Salamanca en la que continúa, asistíamos en el monasterio de Montserrat a una de las semanas de la Sociedad española de estudios monásticos, en la cual un religioso también entonces vecindado en la ciudad del Tormes, disertaba sobre *Unamuno y la vida monástica* ¹⁰. Advertía allí muy acertadamente don Jesús Álvarez Arroyo que «si a primera vista el tema de la vida monástica parece flotar en el inmenso lago de la producción de don Miguel, bien mirado después, nos delata unas raíces hondas que se van sumergiendo más y más, hasta llevarnos al centro mismo de la filosofía de don Miguel, o lo que es lo mismo, al centro mismo de su tragedia», y más adelante, y ya con textos a la vista, que «para Unamuno, el cristianismo radica totalmente en el individuo, y precisamente en lo que tiene de estrictamente individual, de solitario; es decir, de monje». Luego de fijarse en algunas de las andanzas monasteriales del rector salmantino ¹¹ y en esa su decisiva valora-

⁸ De *La agonía*, cit., OC, XVI, págs. 511 y 472.

⁹ El libro prologado se publicó en Madrid, el 1922. Prólogo reproducido en OC, VII, pág. 396. «Desde esta mi celda de cartujo», cantó don Miguel en el *Cancionero* (núm. 1.528; OC, XV, pág. 690).

¹⁰ Publicada en «Yermo», 4 (1966), 1-50.

¹¹ Además de las ya citadas, recordemos —no todas las incluye don Jesús— las Batuecas (*Las Hurdes*, OC, I, págs. 701-1: «como obra en gran parte de los frailes que poblaron su soledad, como obra de solitarios contemplati-

ción de la llamada de la soledad, topaba sin embargo don Jesús con otros textos de los cuales deducía en don Miguel una «superación ética de la vida monástica». Según ellos el retiro del mundo sería inmoral, nada más y menos que una deserción de la tarea de la redención colectiva. ¿Qué pensar de esto? Hemos de reconocer que don Jesús no llegó a conclusión alguna. Escamoteó el problema de la antinomia encontrada en sus lecturas. Cierto que ya había comenzado advirtiéndonos de las vitales inconsecuencias unamunianas. Pero no basta con ello. Es preciso meditar un tanto más en los dos grupos de textos, que como tales igualmente cantan, pero que requieren,

vos, ofrece una riquísima variedad de especies arbóreas»; *¿Qué bien se está en las Batuecas*, X, págs. 1016-23, evocación de 1934 que se refiere a otros tres viajes anteriores, hacia 42, 22 y 14 años); una vez más la inmediata Peña de Francia (*En la Peña de Francia*, págs. 712-7, con referencia a los conventos aledaños del Maillo y de Zarzoso); *En El Escorial*, págs. 541-50; *En Yuste*, págs. 817-21, y págs. 478-83, esta vez de *Por tierras de Portugal y de España*, *Guadalupe*, págs. 472-7; *Paisaje teresiano*, págs. 838-42, y *Frente a Avila*, págs. 831-3; *En Palencia*, págs. 822-6, sobre «Santa Clara, la del trágico cristo de tierra»; la trapa de Dueñas, de *La agonía...*, cit., XVI, páginas 469-71; «escombrera de la Verde —donde se escombraron rezos—», en el *Cancionero*, XV, págs. 182-6, núm. 271, teniendo el último verbo las variantes «se enterraron» y «dormitan los»; Silos, *Por el alto Duero*, artículo recogido en I, páginas 1043-7, publicado en «Ahora» el 18 de julio de 1933. Desde el mismo diario madrileño había recordado otra vez, sin pormenorizar nombre alguno, una visita anterior al mismo cenobio castellano. El abad Guépin —«un francés granítico»— le había reprendido por su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, diciéndole que tales inquietudes debían ser calladas, aunque se sintiesen. Don Miguel le respondió que hablarle así era una señal de haberlas sentido el abad mismo; *Los olivos de Valldemosa*, páginas 764-70, y *En la isla dorada*, págs. 787-91; y *En San Juan de la Peña*, artículo en «El Sol», el 4 de septiembre de 1932, recogido en páginas 1079-1082, «el santuario medieval en que se recogieron monjes benedictinos, laya de jabañes místicos». En las citas que preceden, de no haber otra indicación, se trata de *Andanzas* ., y de OC, I. En OC, X, pág. 290, encontramos una alusión humorística e incidental a esa vocación claustral: «He tenido siempre, además, un muy vigilante cuidado de no dejarme poner marca o hielro de ganadería política alguna, conservándome becerro orejano. O si se quiere, monje sarabaíta, según la clasificación que de ellos, de los monjes, da en su primer capítulo la Regla de San Benito». No hemos encontrado más citas unamunianas de la *Regula Benedicti*. En *Cancionero*, núm. 884, OC, XV, página 447. «Van en fila los jerónimos-a cantar al coro van-y con ellos los sinónimos-litúrgicos también van».

sino una armonización artificiosa, sí al menos una tentativa de aproximación comprensiva, en el plano de la humanidad de su sentidor —como el autor gustaba de llamarse y con toda verdad— que no en el de construcciones intelectuales de su sustancia de carne y hueso desvinculadas.

Y en este plano, para nosotros no cabe duda. La estimación unamuniana de la vida monástica como la más auténticamente cristiana, y la frustrada vocación claustral de don Miguel, como consecuencia deducida inexorablemente de la anterior y de la radicalidad de su llamamiento al cristianismo, fueron constantes en su vida, y en esa su obra que no fue sino un débil eco de aquélla, con ser tan gigantesca y proteica. ¿Dónde los textos contradictorios? No nos parece difícil desembarazarnos del interrogante. Y conste que sin ninguna mala conciencia falsificadora. El camino encontrámosle en las raíces de los dos elementos de la individualidad y la sociabilidad en la «weltanschauung» de nuestro rector. Este fue desmedidamente individualista. Tanto que sería un alarde de barata erudición citarle en apoyo de su pánico individualismo. Pero el otro polo sociable, claro está que no pudo por menos de dejarle alguna huella. Ante todo por la fuerza misma de las cosas, en cuanto se trata de algo ínsito, se quiera o no. Y por muy amortiguado que aflore en ciertos casos, en la propia condición humana. Pero también, en su propia circunstancia concreta, por los arrastres, conscientes o no, de su socialismo juvenil. Todos sabemos cómo hasta la decrepitud, e incluso después de las metamorfosis más radicales, tiran sin llegar a ser nunca del todo acalladas, las sirenas de la adolescencia¹². Y a estas reminiscencias socializantes superadas, de un pasado remoto, creemos se deben las un poco irreflexivas¹³ condenas de la vida solitaria formuladas por don Miguel en nombre de unos ideales colectivos que no sentía casi para nada. Se trata de condenas sociológicas. Y tampoco sería permisible citarle para captar cuánto él despreció esta palabra y su correspondiente noción. Y todavía podemos sospecharle otra motivación en aquellas, su innegable gusto polémico contra

¹² Véase para esa etapa, R. Pérez de la Dehesa, *Política y sociedad en el primer Unamuno* (Madrid, 1966).

¹³ Irreflexivas queremos decir, dentro del propio mundo unamuniano, no como juicio objetivo de valor.

la ortodoxia católica y su tinte protestantizador ¹⁴, muy paliado, es cierto, por su cultivo sentimental del catolicismo popular español ¹⁵, y sus innegables, aunque poco visibles, nostalgias de la iglesia materna ¹⁶.

Si ahora echamos una ojeada sensible a la vida material de don Miguel, sobre todo si la cotejamos con la de sus compañeros generacionales de inquietudes y sementeras, ¿acaso no nos parece sentir un cierto aroma de claustro? Y pienso, no en apariencias tal vez no del todo anodinas, cual la de su indumentaria clerical, si no en su misma fidelidad hogareña, por paradójico que parecer pueda ¹⁷; en su reclusión provinciana en su Salamanca, tan extraña en un país que padece de la casi psicopática obsesión madrileña, servilmente imitada de la vecina Francia; en su tenacidad cumplidora de sus obligaciones académicas, no sólo docentes, sino administrativas ¹⁸; en

¹⁴ Las pretensiones de reivindicar a Unamuno para la ortodoxia romana en nombre de acontecimientos y actitudes mentales tan posteriores y ajenas como el concilio Vaticano II, no nos parecen dignas de comentario, por su anacronística y grotesca falta de seriedad. El bien intencionado levantamiento de anatemas despiadados es otra cuestión, no necesitada de falseamientos. Para la hostilidad protestante al monacato, H. B. Workman, *The evolution of the monastic ideal* (Londres, 1913).

¹⁵ Tema este también virgen en la selva de don Miguel. Como un poco otra de sus ambivalencias, que apenas si se ha señalado, la de su carlismo subconsciente y sentimental también

¹⁶ Notemos, vg. su evocación entrañada de la misa católica en el epílogo a W. E. Retana, *Vida y escritos del Dr. José Rizal* (Madrid, 1907), página 495.

¹⁷ Véase un resumen de la tesis por Montreal de B. Čiplijauskaite, *El amor y el hogar. dos fuentes de fortaleza en Unamuno*, en «Cuadernos », cit., XI (1961), 79-90; y Blanco Aguinaga, *El Unamuno*, cit., págs. 112-22.

¹⁸ Nos hemos dado cuenta de la escrupulosidad con que tomaba éstas, al hojear casualmente las actas de las reuniones del patronato del Colegio de San Ambrosio, una de tantas fundaciones salmantinas, a las que había de asistir como rector, por cierto que coincidiendo con el obispo Cámara. En cuanto a su cátedra de griego, nos han llegado los ecos en esta misma ciudad, de la burda y suficiente conseja de que «no sabía griego Unamuno». Sencillamente podemos responder que se trata de una mentira, y que sólo la abismática distancia de su labor como helenista al resto de su obra, puede explicar se haya forjado en mentalidades raquílicas. Es más, a un funcionario hasta hace poco destinado aquí, le llegamos a oír decir, que no sabiendo don Miguel griego, y destinando el resto de su jornada no académica

el grato tufillo frailuno que todavía se desprende de la casa rectoral que habitara, y posiblemente también de su última mansión, inmediata a la de las Muertes, en la calle de Bordadores, frente al cenobio de las Ursulas...

¿Monje seglar, pues, como el Dante? Desde luego que sí. Y fue una de las más vindicativas paradojas de este hombre que tan fecundo en fabricarlas fuese, que la aventura más secular de su vida, su tentativa más ruidosa de política activa que en el fondo quedaría felizmente inmersa en la etapa más cartujana de su deambular, no sólo en Fuerteventura, sino en París y en Hendaya, le llevase a descubrir su celda, su monasterio, su entrañable clausura en una palabra.

EL DESCUBRIMIENTO DE FUERTEVENTURA

En el segundo año de la dictadura del General Primo de Rivera, este desterró a don Miguel a Fuerteventura. Pasaría en la isla cuatro meses, hasta una malhadada evasión a Francia, no tan novelesca como puede parecer. Y decimos que malhadada, porque la prolongación del confinamiento isleño habría sido mucho más fecunda para su vida interior que las andanzas galas aunque éstas, lo repetimos otra vez, no hiciesen, incluso en el propio París, sino prolongar esta etapa, conventual a cual más, de su biografía.

No nos interesa la parte anecdótica del destierro. Ni el elemento negativo de éste, es decir su alejamiento de la tierra propia. La primera, en cuanto nos situamos aquí en un plano mucho más esencialmente humano que todas las motivaciones y contramotivaciones de aquél, por elevados que fuesen los valores en la ocasión histórica por el desterrado defendidos. El segundo, por haber quedado tan su-

a pasear y hablar de política en su tertulia, «no tenía función social». Pedimos perdón al lector por recordar monstruosidad de tan poco interés, pero si lo hacemos es por ver en ella un síntoma de una degeneración bastante común a que la idolatría de ciertos valores de activismo y funcionalidad materialista y totalitaria, está a pique de llevarnos. Y si nos lleva del todo, entonces, en ese infierno por advenir, sí que no habría tenido «función» y para fuerte ventura suya, don Miguel. Cf. A. Tovar, en *Ensayos y peregrinaciones* (Madrid, 1960), págs. 213-17.

perado por el fuerteventuroso enriquecimiento que inmediatamente se le siguió, que abordarle sería pasatiempo de covachuelismo erudito.

Ello no quiere decir que la vida cotidiana de don Miguel en la isla nos sea también indiferente. Como tampoco lo son para los monjes los trabajos de sus días reglados. Por lo menos nosotros no concebimos monjes sin regla. Y regla de todas las horas y momentos.

El 2 de mayo de 1924, publicaba «Nuevo Mundo», de Madrid, el primero de los artículos unamunianos desde Puerto de Cabras. «Esta infortunada isla de Fuerteventura», eran sus primeras palabras. En el aparecido el día 16 del mismo mes, ya se hablaba de «esta afortunada isla de Fuerteventura», de clima «admirable. ¡Qué escuela de sosiego! ¡Qué sanatorio! ¡Qué fuente de calma! En esta apartada isla la luna brilla más pura y se respira mejor... Y ¡cómo se duerme! ¡Es una bendición, una verdadera bendición! En mi vida he dormido mejor. ¡En mi vida he digerido mejor mis íntimas inquietudes! Estoy digiriendo el gofio de la historia. ¡Qué razón tenía el amigo Gil Roldán, cuando me dijo en Tenerife, allí, en medio del maravilloso paisaje de La Laguna —tengo que rehacer lo que de él dije en mi *Por tierras de Portugal y de España*— que este paisaje de Fuerteventura es un paisaje bíblico. Evangélico más bien. Este es un clima evangélico».

En menos de una quincena, la isla había pasado de «infortunada» a «afortunada», en la estimación de don Miguel. Se había incorporado al mundo de los entrañables amores de éste, hasta el grado que de inmediato veremos en sus propias palabras. Sería ya para siempre «mi Fuerteventura». Nada ni nadie podría arrancarla ese posesivo que en el sentidor de Bilbao, de Salamanca, y ahora también de Fuerteventura misma, era el marchamo de aquellos. «¡Ah, mi isla inolvidable!», escribiría, nostálgico de ella, de su destierro oficial, desde París, su libertad, oficial también, al poco de dejarla, el 15 de agosto del mismo año.

Oigamosle definitivamente:

¡Qué nombre tan sonoro, alto y significativo! ¿Fuerteventura? Es decir, ventura fuerte. Y si a estas Islas Canarias se las llamó Afortunadas, a esta de Fuerteventura habría que llamarla la fuertemente venturosa.

Y el 29 de diciembre del mismo 1924, escribiendo desde París, a su amigo mayorero Ramón Castañeyra Schaman:

¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerteventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido Mr. Fritch!, que también volverá a ésa, se lo aseguro. ¡Fuerteventura! Si viese que mi fin se acercaba y no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nació y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, en esa tierra santa y bendita, ahí, y mandaría que me enterrasen en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de ese mar, junto a aquel peñasco en que solía ir a soñar, o en la Playa Blanca. Me preocupa mucho esa isla, me preocupa mucho lo que tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud. Lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas entre las mías no es bastante.

Mr. Grawford Fritch, «mi amigo del alma», a quien se refiere, es su traductor inglés, espíritu selecto que le acompañó cuarenta días en la isla, y que el 25 de junio le escribía a ella desde Antibes:

Fuerteventura! I am almost homesich for Fuerteventura! Unforgettable isle! For me Fuerteventura was all an oasis-whom my spirit drank of the tig-giving waters and I come away refreshed and strengthend to continue my journey across the desert of civilization¹⁹.

¹⁹ Este párrafo fue traducido y glosado por el propio don Miguel en dos artículos del destierro, ya parisinos, *¡En el suave tumulto!* y *De Fuerteventura a París*. La producción unamuniana directamente relacionada con la isla consiste en un conjunto de artículos, y en 116 sonetos. Los primeros, dispersos, fueron reunidos por García Blanco. *En el destierro* cit., y más completamente, en OC, X, págs. 643-824 (*De Fuerteventura*, págs. 623-86) y I, págs. 909-40. Los sonetos se publicaron en la capital francesa, en 1925, bajo el título *De Fuerteventura a París*. Están recogidos en OC, XIV, páginas 471-599; *De Fuerteventura*, págs. 471-549. Las tres cartas a Ramón Castañeyra, editadas en S. de la Nuez, *Unamuno y Canarias. Las Islas, el mar y el destierro* (La Laguna, 1964), págs. 283-91. Para no fatigar innecesariamente al lector, en lo sucesivo no precisamos las citas que de esta producción hacemos. En cambio sí, cuando se trata de alusiones a Fuerteventura en el resto de la obra de don Miguel.

El 12 de abril de 1931, don Miguel tornaba a escribir a Castañeyra:

¡Lo que le debo a Fuerteventura!

Y todavía el 22 de abril de 1936, el mismo año de su muerte:

¡Cuánto me acuerdo de esa bendita isla! Cuántas veces pienso que estaría mejor en Puerto Cabras, o en la Oliva, o en Pájara, o en la Antigua, o en Betancuria...

¿Cuál fue la regla de nuestro «monje seglar», más monje ahora incluso que en su retiro salmantino, en la isla atlántica? La misma que para los mejores monjes de todos los tiempos, un «negotiosimum otium». Sólo tres libros se llevó a ella: el *Nuevo Testamento griego*, la *Divina comedia* y las *Poesías* de Leopardi. En una ocasión nos cuenta cómo necesitando el *Génesis*, hubo de conformarse con las lecturas de él pasadas al breviario romano que le prestara el párroco, uno de sus nuevos amigos, don Víctor San Martín. Pero no le faltó allí lectura:

En estas horas lentas y preñadas de mi confinamiento, en mi aislamiento de esta venturosa Fuerteventura —como don Quijote en la apartada cámara de su casa solariega e hidalga— me doy a ratos a leer libros...

Allí descubrió de veras a Galdós, a pesar de no sólo haberle leído antes, sino incluso conocido y tratado.

Y, sobre todo, topó con una tertulia entrañable, de gentes ricas de tiempo, ese tesoro que al perderse por nosotros, lo ha sido con consecuencias tan negras, que nos ha insensibilizado a su misma nostalgia:

¡Qué de recuerdos! El hotelito, aquel Piserra —a quien he vuelto a ver—, Medina su cuñado, el chico aquel que nos servía, el notario, el juez, el secretario municipal, todos los de la tertulia aquella frente al mar, el fantástico Aquilino, conejero, y a todos los que fui conociendo en mis correrías por la isla. La Oliva, Pájara, Betancuria, Gran Tarajal... me parece un sueño.

Se trata de la carta de 1932 a Castañeyra. Y en el prólogo de su libro de sonetos, a él dedicado:

Usted, su venerable padre don José, sus hermanos, nuestro buen párroco de Puerto Cabras, don Víctor San Martín; mi posadero, don Paco Medina; el excelente don Pancho López, espíritu zumbón y crítico, los amigos todos de la inolvidable tertulia cara a la mar que sonrío a nuestras trágicas flaquezas, ustedes saben todo lo que ahí viví.

Esas amistades fuerteventurosas, han dejado huella en el tesoro epistolar de don Miguel. El 21 de agosto del mismo 1924, don José Castañeyra Carvallo, le acusa en nombre de la tertulia toda, recibo emocionado de su primera carta desde París, «acostumbrados a que algunos que nos visitan, insultan y hasta injurian a este rincón de España, al ver que un hombre superior no sólo hace eso, sino que por el contrario ama con nosotros a este pedazo de tierra que baña el manso mar Atlántico», y proclama que es «su nueva patria chica». El 29 de septiembre, el que sería más constante, Ramón Castañeyra Schaman, felicita su santo y cumpleaños, excusándose de no haberlo podido hacer por telégrafo, al estar el cable interrumpido, a «la gloria más legítima de la intelectualidad universal», y le agradece su artículo en «Nuevo Mundo» a la «cenicienta del hogar canario». El 20 de febrero de 1925, también a París, dícele cómo en la tertulia se oyó su carta «con religioso silencio»; se refiere a cómo «sus amigos, que son todos los habitantes de este pueblo», le tienen por «un mayorero más», y esperan poder hacerle en el futuro políticamente despedido «hijo adoptivo y predilecto». «Con su charla tan amena y sugestiva, el tiempo transcurría plácidamente. Después que usted se marchó todos nos hemos vuelto taciturnos»; recuerda su despedida en Playa Blanca; y que le sigue guardando sus papeles y su Gran Cruz. Sin fecha, pero sin duda el 1932²⁰, luego de una cierta «rectificación de la república»²¹, insiste en cómo «una parte de su alma

²⁰ Por sus plácemes al discurso parlamentario de 18 de septiembre «del pasado año», sobre el idioma, «que elevó el ambiente espiritual de la Cámara al nivel que la corresponde». Texto en OC, V, págs. 686-703.

²¹ También en su carta de 1925, Castañeyra había discurrido abundosa y retóricamente del momento político. Ahora dice: «Los acontecimientos acaecidos últimamente en nuestra España me han impresionado hondamente. Puestas en juego las pasiones y con una visión mejor de nuestros problemas fundamentales, no es aventurado vaticinar el triunfo de la riada anarcosindicalista que amenaza inundar todo el territorio nacional. Usted, observador insigne y avisado, llama a todos a la cordura desde su tribuna de «El Sol»,

quedó aquí, en esta bendita isla, y de esa parte por lo menos una partícula me pertenece», y le pide una fotografía, «para colocar en sitio preferente en mi despacho, que fue también su gabinete de meditación y de trabajo, pues allí escribió varios sonetos, y lugar de tertulia inolvidable para mí, frente a la mar que sonríe a nuestras trágicas flaquezas, como me decía usted en la carta que me escribió desde París²². Y en 1936, a últimos de abril, si no ya en mayo²³, le augura el Nobel, y se lamenta de la tragedia española ya a la vista²⁴.

También de don Víctor San Martín hay dos cartas, ambas a París, la una reciente, del 22 de septiembre del mismo 1924, y la otra

y les dice clarividamente que lo que importa es ¡España! . Después de la proclamación de la República —en cuya gestación fue usted guía y ejemplo, fustigando sin cesar la general modorra— aún ha tenido que seguir en su puesto de honor y de responsabilidad, para mejor servir al nuevo régimen. Lo que antes fue anatema ante la postración cerril y la adulación servil, ha tenido que ser ahora reconvención, que es ponderación; llamamiento a la cordura, para que no se malogre la obra —en gran parte su obra—».

²² Otra vez le habla de la Gran Cruz y de una condecoración belga, que le guarda, «el regalo que le hizo el ex-rey Alfonso». En otra carta, el 26 de mayo de 1934, a los diez años de su destierro, le da el pésame por la muerte de su esposa. El 11 de abril de 1936, se dirigía al rector de Salamanca, excusándose de haberle cableografiado el pésame por la muerte de don Miguel, falsamente llegada a sus oídos, y felizmente descartada, al cabo de tres noches de radioescucha, «pendiente del aparato Erla». El rector no era otro que don Miguel mismo.

²³ La carta «al que me figuraba desconocido rector de esa gloriosa universidad», era del 11 de abril. Entre ella y la nueva y la última medió la respuesta del verdadero rector, don Miguel.

²⁴ La noticia falsa de su concesión había sido dada por «Hoy» de Las Palmas. Entonces, Castañeyra le había también cableografiado. Pero le espera para este año, viendo en el doctorado de Oxford un presagio. Aún espera verle en Fuerteventura y le promete pasar una semana en Salamanca. En cuanto al otro asunto: «Hace algún tiempo —especialmente en estos últimos meses— que llegan hasta esta roca (donde hacemos en cierto modo penitencia, según cierta apreciación de usted) rumores insistentes del sesgo rencorosamente peligroso que va tomando la cosa pública, en declive acelerado hacia una situación de retroceso.. Se ha adueñado de la calle una muchachería ; la siniestra llamarada que llevará a todo este conjunto tan amado que ahora responde al nombre de España (como fruto ineluctable) estrago, desolación, ruina». La carta es larga. Su autor se excusa por «el aluvión de incoherencias que han brotado al conjuro de mi pesimismo».

del 6 de marzo de 1928: «Pues a usted no le consideramos como a extraño sino como a uno de nuestra familia... Yo de mí se decirle, querido don Miguel, que le amo y venero como a un gran maestro, y que fueron los días más felices de mi vida los que transcurrieron en su amable compañía... Nosotros todos le veíamos como una cosa nuestra»²⁵.

Pero dejemos ya la regla cotidiana de nuestro monje. Tratemos de penetrar en su pecho, más allá de las paredes de su celda. Fuerteventura está, desde luego. Pero también ése. Veámoslo.

LA FUERTEVENTUROSA CLAUSURA ISLEÑA

Don Miguel gustaba de escribir que siendo él vasco, le había echado más raíces entrañables el castellano, en cuanto se trataba de una lengua foránea, que había hecho suya por derecho de conquista. Y desde luego que no vamos a enmendarle la plana. Las particularidades lingüísticas bilbainas que él estudió con cariño, y una cierta manera de servirse de los recursos del idioma, desde la conversación corriente hasta las cumbres del ritmo y de la rima, habían de tener en él y en sus paisanos un remoto abolengo euskérico. Pero sólo eso, remoto. Pues cuando nació él en su villa, ya hacía por lo menos siglo y medio que allí había dejado de hablarse la lengua vernácula.

Más conquistador podía todavía sentirse, desde luego, del paisaje de la paramera castellana, que había hecho para siempre telón de fondo de su universo interior. Y eso que su contraste con el de su

²⁵ Las dos cartas hablan de política. La segunda se refiere al folleto de Blasco, que el corresponsal no ha logrado ver. Para la vida cotidiana de don Miguel en la isla, E. Salcedo, *Vida de don Miguel* (Madrid, 1964), página 258, insuficiente, de lo menos cuidado de su libro tan estimable; S. de la Nuez, *Unamuno*, cit., págs. 157-73. En el archivo unamuniano, hemos encontrado también una carta en francés, dirigida a Castañeyra, por el contexto, aunque sin expresar el nombre del destinatario, ni el del autor no firmante, con membrete de «Quiney's hotels-Las Palmas and Santa Brígida». Se refiere a la evasión. Su atmósfera es de novela policíaca, con un lenguaje misterioso y sus claves telegráficas y todo. Para nosotros este aspecto anecdótico que frustró la fecundidad contemplativa fuerteventurosa a don Miguel —quien estaba en el polo opuesto al de un D'Annunzio— es lamentable. Tampoco aludimos a la incidencia del coetáneo —que no común— destierro en la isla de Rodrigo Soriano, al que incluso las cartas se refieren.

Vizcaya nativa no podía ser más insoluble a primera vista. ¿Cómo se armonizaron los dos horizontes en el hondón —esta vez sí que el más íntimo— de nuestro sentidor? También este interrogante aguarda una respuesta más exhaustiva.

Lo cierto es que cuando don Miguel llega a Fuerteventura, hacía ya muchos, muchos años, que la ascesis de la estameña castellana se le había hecho costumbre, y que su nostalgia del verdor solariego, no era la del desterrado en feudo ajeno, tal y como lo había sido en sus años estudiantiles en ese Madrid al que nunca llegó a querer, a diferencia de la mayoría de sus compañeros de generación, que sacrificaban en él la literatura a la vida literaria, y la vida de sus raíces al artificio de unas marionetas advenedizas.

Así las cosas, ¿cómo extrañarnos de que el desierto de la isla atlántica y sahárica se le metiese en el alma, hasta los mismos tuétanos a que a otros ha podido llegarnos la huerta murciana? ²⁶.

¡Estas soledades desnudas, esqueléticas, de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed! ¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosura! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo en la línea desnuda del esqueleto; para el que sabe descubrir en una calavera una hermosa cabeza. ... Desierto de esta solemne y querida tierra aislada de Fuerteventura, una de las islas llamadas antaño Afortunadas y que tiene la fortuna y la hermosura a la vez en su noble y robusta pobreza. Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, tierra que retempla el ánimo. ¡Cuán otra cosa que esos jardines ceñidos de mar donde el hombre se olvida de la tierra y del cielo! No, aquí tierra y cielo se funden en uno bajo el abrazo del mar. El mar los apuña juntos. Y en este solemne desierto, en esta soledad sahárica, he encontrado a la retama leopárdiana contenta «dei deserti» ²⁷.

²⁶ Cf. la misma posición afirmativa frente al paisaje del desierto en A. de Saint-Exupéry, *Terre des hommes* (en «Oeuvres», La Pléiade, París, 1959), págs. 188-90.

²⁷ Una postura de la periferia, polémica contra la exclusividad para los hombres del 98, de los valores del paisaje castellano, en J. Fuster, *El país valenciano* (Barcelona, 1962), págs. 178-9.

Fijémonos en la adivinación de una cabeza hermosa bajo una descarnada calavera. Ello nos recuerda una lección universitaria que en el siglo XVIII, al fin y al cabo no sólo de las luces de un mismo color, impartía un joven anatomista en el Anfiteatro de la Universidad de Copenhague, y todavía en latín, mientras diseccionaba el cadáver de una muchacha bonita. Se llamaba Niels Steinsen aquel profesor, o Nicolás Stenonius si lo preferimos. Y conocía bien la maravillosa carpintería de nuestro cuerpo. Sólo que no se quedaba en ella. Y así, en esa ocasión, se sintió transportado a otro mundo, más allá de su deber académico de la hora, y del programa todo de su disciplina. «Hermosísimas las cosas ignoradas», declamó sentidamente mientras mostraba a los alumnos un blanco trozo de piel de la joven muerta. «Si son tan bellas las que tenemos a nuestra vista, ¿cómo serán las que se nos ocultan al sentido?». Y, cuando pasó definitivamente de la anatomía a la teología, llegando a ser vicario apostólico de su Norte nativo, hizo su lema de esta simple sucesión de comparativo y superlativo: «Pulchra que videntur, pulchriora que noscuntur, longe pulcherrima que ignorantur».

Lo cierto es que adivinar una hermosa cabeza bajo una calavera descarnada, es situarse definitivamente más allá de las apariencias de la sensibilidad a flor de piel. Es llamar a los umbrales de la mística, luego de traspuesta la ascética. Es poder preferir el desierto a la huerta, como le ocurría a nuestro rector, aunque no debemos olvidar que él no era capaz, y así nos lo confiesa, de encontrar un paisaje feo. Y recordando a Fuerteventura cinco años más tarde, el 27 de marzo de 1929, escribía en el mismo sentido a Jean Camp ²⁸:

El que es capaz al ver desenterrar un esqueleto de decir: era una muchacha y ¡qué bien hecha!, ¡qué hermosa!, este ha llegado al fondo de la estética. Y en esto me corroboré en mis meses de confinamiento en la maravillosa isla desértica, sahariana, de Fuerteventura. *A sa façon le désert est aussi beau qu'une forêt.*

Vaya, pues, por delante, esta primera significación del paisaje de Fuerteventura para don Miguel, es decir, sencillamente la de haberle intensificado su gusto ascético por la soledad seca de la paramera castellana.

²⁸ En OC, XV, pág. 849

*Además, la isla atlántica le reservaba todo un descubrimiento, a él, bilbaíno. Nada menos que el de la mar. El mismo nos lo dice*²⁹:

... del descubrimiento que hice ahí, en Fuerteventura, donde descubrí la mar.

A la vista de esa confesión, resulta un tanto tímida la ponderación que de la invención hace el profesor Valbuena y Prat: «Primo de Rivera le desterró a Fuerteventura, y allí, en tierra volcánica, sedienta, ante las olas del océano, aprendió un nuevo sentido de las cosas. Pudiera decirse que, aunque nacido en un puerto, sólo tuvo el sentimiento del mar en su plenitud, en las horas calladas y tristes del destierro»³⁰.

Por otra parte, ya hemos visto como el sosiego isleño le facilitó el mejor ambiente para el polo contemplativo de su vida.

Pero hay otro elemento en el que quisiéramos sobre todo cargar la nota. Y se trata del aislamiento, la clausura, el grato sentimiento de reclusión íntima y voluntaria —al margen del accidente de tratarse oficialmente de un confinamiento obligado—, en definitiva el que le hizo de su Fuerteventura la celda de su nunca olvidada vocación monástica. Y el que le llevaría a sublimar la isla, que no otro alguno. El mismo nos lo confesó igualmente, en carta a Melchor Fernández de Almagro³¹.

En Fuerteventura aprendí lo que quiere decir aislamiento.

Este creemos fue el gran valor conquistado, gracias a la insularidad, antes que el desierto, que ya se llevaba consigo de su Castilla de adopción, y el mar que al fin y al cabo había heredado de su Vizcaya de nacimiento, y el sosiego, en aras del cual renunciara a los oropeles madrileños prefiriéndoles el oro barroco salmantino.

¿Hasta qué punto el aislamiento y la insularidad forman una pareja indisoluble? Oponiéndose al determinismo geográfico de la his-

²⁹ Sobre ello, S. de la Nuez, *Unamuno* . . . cit., págs. 207-35.

³⁰ *Historia de la literatura española* (6.ª ed., Barcelona, 1960), III, página 459.

³¹ En OC, XV, pág. 870.

toria, lo ha negado con buenos argumentos Lucien Febvre ³². Discutirlo aquí, sería nada adecuado. Por otra parte, ¿cómo negar la diversidad de condiciones de isla a isla? Pero lo cierto es que Fuerteventura sí creemos podía reivindicarle en 1924. Y que en todo caso, don Miguel, apartado de su hogar, y que en ella encontró uno distinto, gracias a la hospitalidad de aquellos callados y beneméritos patricios de Puerto de Cabras, sí le gozó en ella.

Y esa fue la gloria de la fuerteventurosa isla. Su conversión en la celda cartujana de nuestro monje seglar ³³.

Sabida es la ternura con que a la celda de sus soledades ha cantado la literatura cartuja, por otra parte no muy abundosa. Así no nos extrañará que a su vez don Miguel sublimara la isla:

Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza,
Dios te guarde por siempre de la hartura ³⁴,
pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

Y otra vez:

Un oasis me fuiste, isla bendita.

Claro que sí. ¡El oasis de su célula contemplativa, una vez más reconquistada!

³² *La terre et l'évolution humaine Introduction géographique à l'histoire* (3.ª ed., París, 1949), págs 241-83.

³³ Sabido es como las islas son unos de los lugares preferidos por la geografía monástica. Sería inacabable la lista de ejemplos sin esfuerzo casi ninguno acopiados. Notemos sólo que el primer monasterio español documentado estuvo en la de Cabrera, habiendo escrito el mismo San Agustín a su abad Eudoxio; y que cuando las islas Feroes eran la última Thule, sus pobladores pre-vikings eran unos solitarios irlandeses

³⁴ En el mismo sentido: «Pero cuando crezca la riqueza de esta Isla —y así lo haga Dios—, cuando salga de esta noble y fuerteventurosa pobreza, cuando su austera y robusta desnudez se vista con el manto de esmeralda de la alfalfa, los ojos descansarán, refrescándose, en esa verdura; pero ¿y el corazón? ¿No se ablandará, no se enervará el corazón?».

LA SUBLIMACIÓN CARTUJANA DE LA ISLA DESÉRTICA

Pero don Miguel, cuya postura hacia la vida monástica, ya vimos no dejaba de estar teñida de una ambivalencia impuesta por ese su doble polo de contemplativo y de agonista que ha visto Blanco Aguinaga —dejando de lado esa superficial superación ética de aquélla, demasiado valorada por don Jesús Álvarez—, y a pesar de la constante llamada claustral soterrada en su vida y en la obra paralela, no sublimó conscientemente a la isla, como celda para sí, ni recurrió para ello a un modelo tan a las manos como el teresiano, sino que lo hizo una vez más a su señor don Quijote, haciendo de ella su última habitación, y ya de ultratumba.

Platón inventó, creó, no descubrió, la Atlántida, y Don Quijote inventó, creó, no descubrió, para Sancho, la Insula Barataria. Y yo espero por la intercesión de Platón y de Don Quijote o con la ayuda de ambos, inventar, crear y no descubrir la isla de Fuerteventura.

... ¡Esta es mi Atlántida! ¡Esta es mi Insula Barataria! Aquí me visitan, en larga estantigua, en procesión de ánimas doloridas, todos los que en los largos siglos sufrieron la pasión trágica de mi España...

... Esta es mi Atlántida, esta es mi Insula Barataria.

Y ya mucho más concretamente:

Ahora empiezo a averiguar las miríficas aventuras que corrió aquí, en esta sedienta isla —¡sedienta, ceñida de mar y con toldo de nubes!—, Don Quijote, adonde vino después de morir y antes de subir a los cielos. Vino a rescatar el alma del gigante Mahán, cuya sepultura estaba al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó...

Y esta última e inédita aventura de Don Quijote, esta su aventura de ultratumba, es la que tengo que contar ³⁵.

Pero, ¿quién era el gigante Mahán? ¿Qué le hacía acreedor a ser rescatado por el último esfuerzo de nuestro señor caballero? A decir verdad no lo sabemos. Del gigante tuvo don Miguel noticia por el

³⁵ *Última aventura de Don Quijote. La sepultura de Mahán*, en OC, V, páginas 786-8.

pintoresco libro de don Gregorio Chil y Naranjo, *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* (1876), el cual sólo nos dice que su sepultura medía veintidós pies de largo, pensando el informante que tal talla lo era del cenotafio sólo, pero no del esqueleto en él abrigado. Y sin embargo, según don Miguel, el resucitado hidalgo de la Mancha habría comprobado precisamente lo contrario, «con los ojos de la cueva de Montesinos, ojos de lechuza o minervinos, de los que ven en lo oscuro y ciegan en lo claro». Habría comprobado que las dimensiones gigantescas eran las del esqueleto, mientras la sepultura no pasaba de un tamaño corriente. «Y vio más Don Quijote, con sus ojos de la cueva de Montesinos: vio que toda esta isla maravillosa de Fuerteventura está formada por esqueletos de antiquísimos gigantes guanches, y que en los esqueletos, en las áridas osamentas de estos gigantes, están cavadas las sepulturas de los españoles que hoy duermen aquí, brizados por este mar dormido, el dulce y sabroso y soporoso sueño sin despertar. Y vio Don Quijote como las ovejas lamían las piedras para sacarles la sangre de aquellos gigantes y como buscaban las raicillas de los yerbajos secos al pie de un triste tarahal, que es aquí algo como la retama que cantó Leopardi».

Las explicaciones que nuestro rector no se dejó en el tintero, no van más allá. Lo cual quiere decir que hemos de buscar, de las alas de nuestra propia fantasía, la respuesta al enigma de esa obra que pudo ser y no fue, como queramos, recuerdo de cosa futura o esperanza de cosa pasada.

Ya ha intentado hacerlo antes que nosotros el profesor De la Nuez ³⁶. Para él, habría tenido un capítulo introductorio, con «la arribada a la isla de los gigantes de las grandes sepulturas y otras no menos interesantes aventuras mítico-caballerescas a lo divino». Los tales gigantes serían unos «paganos y guanchinescos caballeros o camelleros». «En el segundo capítulo, la Isla se transformaría, poco a poco, en una solitaria roca de penitencia, donde el quijotesco caballero se metería de ermitaño, hasta que un mago o Dulcinea guanchesca traería, con la flor de la aulaga, el antídoto a su encantamiento. Y finalmente, salvado de tamañas tentaciones de vanidad poética, de afán de gloria pública o política, desprendido de su an-

³⁶ *Unamuno*, cit., págs. 249-61, y sobre todo 257

gustiado yo, rescataría la isla fuerteventurosa para una España justa, celestial y eterna».

Notemos como para el erudito canario, sería también eremítica la vida póstuma y postrimera de Alonso Quijano entre los majoreros. Nosotros vamos, sin embargo, por este camino, aún más allá. Y es que no vemos en ese eremitismo un mero episodio, aunque fuese central, de esta última aventura, sino toda la aventura misma. Lo demás vendría y vendríanos dado por añadidura. Incluso ese rescate del gigante Mahán que hemos de resignarnos a no saber quién era ni con qué méritos contaba en su haber.

Don Quijote en Fuerteventura, habría rescatado, eso sí, para don Miguel, la vocación claustral de sus días tempranos... y de sus días todos; le habría liberado su yo contemplativo de las exigencias de su otro yo agonista; y habría vencido, en una de las lides campales de la palestra del espíritu, a su angustioso desarraigo dogmático, con las armas de su catolicismo popular español, teresiano y fuerteventuroso. Habría encarnado la victoria del monje sobre el seglar. Habría dado vida épica a la clausura monástica insular que nuestro rector encontró en Puerto de Cabras.

Si el resucitado Don Quijote habría sido llamado sin más a gozar de la «lumen gloriae», o habría surcado el otrora mar tenebroso, para una nueva salida a lo divino en Indias... eso sí que se quedó en el secreto del tintero de don Miguel, antes del turno de los polvillos de salvadera contemplativos y activos.

Podemos ensoñarnos sobre la alternativa, a la vista de una de las posteriores evocaciones en verso:

¡Ay qué molino de viento ³⁷ —Don Quijote de la Mancha,
el que en mi Fuerteventura— me molió el gofio del alma!
... Y las brisas que empujaron —de aquel molino las aspas—
soplo de la mar sin grillos —en la que Colón soñara ³⁸.

LOS TRES ALTOS EN EL CAMINO

Bilbao, la madre.
Salamanca, la esposa.

³⁷ «Sublimación de viento», en una variante.

³⁸ Del *Cancionero*, núm. 248, en OC, XV, pág. 171.

Fuerteventura, la soledad cartujana definitiva.

Ningún otro lugar geográfico, a don Miguel que tanto viajó y amó al hacerlo —por dentro y por fuera— a nuestro planeta, encarnóle un tan alto valor³⁹. Para nosotros, docentes en su universidad de la segunda de sus ciudades, nostálgicos de su mebla norteña, era un deber contribuir con este modesto y acaso deshilvanado tributo, al homenaje que esa su Fuerteventura, que ya es también nuestra, le rindiera de la mano patricia de don Sebastián Sosa.

En espera de peregrinar a ella, acaso a escribir la aventura postrera de nuestro Señor don Quijote que nuestro rector se dejó en el tintero.

³⁹ Nos referimos a la intensidad, que no a la menguada extensión de sus viajes. Haber recorrido más leguas que don Miguel ha sido muy corriente, incluso en sus coetáneos españoles. Pero ningún libro equivalente a *Andanzas y visiones españolas* y *Por tierras de Portugal y de España*, se nos viene a las mientes. Para don Miguel habría que hacer un estudio en la línea del de A. Vachon, *Le temps et l'espace dans l'oeuvre de Claudel* (París, 1965).